

mamita

M. R.

Revista Semanal
de
Cuentos Infantiles



20 Cts.

El Príncipe Juan y el León de los Cerros



AÑO I Santiago de Chile, 19 de Junio de 1931 NUM. 1

mamita

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I.—Núm I.

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar.
Suscripción Anual \$ 9.—

Nos hacía falta tener cuentos bien impresos, lindamente ilustrados y cuidadosamente elegidos que poner en manos de los niños de Chile.

La Empresa Zig-Zag realizará esta obra.

Escogerá lindas historias, abrirá concursos para premiar las mejores y eligiéndolas con un recto criterio de moralidad y con gran sentido artístico las ofrecerá al ínfimo precio de

20 centavos el ejemplar.

Ningún chico se apenará de aquí en adelante, porque le

falte dinero para comprar un cuento. Los concursos de ingenio le permitirán conseguir suscripciones gratis.

Ningún maestro se quejará de que le falte material para inculcar la costumbre de leer y ejercitar la maravillosa fantasía infantil.

Ningún padre chileno tendrá razón, de aquí en adelante, para decir que no encuentra relatos adecuados a la cultura de su hogar.

Artística y cuidadosamente escogidos, impresos en un tipo especial y con preciosas ilustraciones — tales serán nuestros cuentos.

— * —
OFERTA ESPECIAL!!!!

Sólo hasta el 31 de JULIO. A fin de favorecer a aquéllos que llamaremos nuestros suscriptores fundadores, hemos reducido casi a la mitad el precio de la suscripción anual, — equivalente a 52 ejemplares.

\$6.-

SUSCRIBASE HOY MISMO — Anual:

Envíe esa cantidad en giro, letra, cheque postal o en estampillas de correo a: Casilla 84-D.—Santiago.



El Príncipe Juan y el León de los Cerros



ESTE era un Rey que tenía tres hijos: Pedro, Diego y Juan. Poseía un espléndido parque en el que había un manzano que daba frutos de oro. El Rey lo quería tanto como a las niñas de sus ojos y lo cuidaba con gran esmero.

Un día notó la falta de varias manzanas de oro y el Rey se desconsoló tanto, que llegó a enflaquecer de tristeza. Los Príncipes, sus hijos, se llegaron a él y le dijeron:

—Permítanos, Su Majestad, que uno después de otro, montemos guardia cerca de su manzano preferido.

—Mucho os lo agradezco, queridos hijos—les contestó—, y al que logre coger al ladrón y me lo traiga vivo, le daré como recompensa la mitad de mi reino y a mi muerte será mi heredero y se sentará en mi trono.

La primera noche, hizo la guardia el Príncipe Diego, quien apenas se sentó al pie del manzano se quedó profundamente dormido. Por la mañana, cuando despertó, vió que al árbol le faltaban aún más manzanas.

La segunda noche, tocóle el turno al Príncipe Pedro y ocurrió lo mismo, pues le invadió un sueño tan profundo como a su hermano.

Al fin le llegó la vez al Príncipe Juan. No bien acababa de sentarse al pie del manzano cuando sintió un gran deseo de dormir. Se le cerraban los ojos y daba

grandes cabezadas. Entonces, haciendo un esfuerzo, se puso en pie, se apoyó en su lanza y así, en guardia, se quedó esperando.

A media noche, se iluminó de súbito el jardín y apareció, no se sabe por dónde, el Pájaro de Fuego, que se puso a picotear las manzanas de oro. El príncipe Juan sacó su honda y le lanzó una pedrada tan certera, que, a pesar de que el pájaro salió escapando, perdió unas cuantas plumas del ala.

Al amanecer, cuando el Rey se despertó, el príncipe le contó quién le hacía desaparecer las manzanas de oro y le entregó al mismo tiempo las plumas.

El Rey dió las gracias a su hijo menor y elogió su valentía; pero los hermanos mayores sintieron envidia y dijeron a su padre:

—No creemos, padre, que sea una gran hazaña arrancar a un pájaro algunas plumas. Nosotros iremos en busca del Pájaro de Fuego y se lo traeremos.

Reflexionó el Rey algunos instantes y al fin consintió. Los Príncipes Pedro y Diego hicieron sus preparativos para el



viaje y, una vez terminados, se pusieron en camino.

Juan pidió también permiso a su padre para que le dejase marchar, y aunque el Rey quiso disuadirlo, tuvo que ceder a sus ruegos. Le esco-

gió él mismo el mejor caballo de su cuadra, le dió su bendición y le dejó partir.

El Príncipe Juan, después de atravesar extensas llanuras y altas montañas, se encontró en un sitio del que partían tres caminos. Bajó de su caballo y apoyó el oído en el suelo. En el primero le pareció escuchar ruido de canciones turbulentas; en el segundo, sólo las pisadas de los caminantes y en el tercero, ayes y lamentaciones. Escogió el segundo.

Y siguió adelante, un día tras otro, hasta que de pronto se presentó ante él un León de los Cerros, que se abalanzó al caballo y lo despedazó. Era tan feroz el animal que daba espanto de verlo, pero el Príncipe Juan no acobardó. Sacó su espada y se dispuso a luchar con el León, pero éste desapareció en un matorral tan

espeso que a Juan le fué imposible entrar.

Continuó su camino a pie y siguió andando, andando, hasta que sintió gran cansancio. Se detuvo para tomar aliento y reposar un poco. Echaba de menos su buen caballo. Más difícil sería ahora encontrar el Pájaro de Fuego; pero aunque con mucha pena, su corazón no se desanimaba.

Entonces, se le apareció de nuevo el León de los Cerros, y le dijo:

—Maté tu caballo, porque así me lo tenía mandado mi señor; para saber si solo y a pie tenías valor para seguir tu empresa. Eres valiente y desde ahora soy tu amigo. Móntate sobre mí y dime a dónde quieres que te lleve.

El Príncipe montóse sobre él y apenas nombró al Pájaro de Fuego, el León echó a correr más ligero que el viento. Al lle-

gar a una alta pared de piedra, paróse y dijo a Juan:

—Escala este muro que rodea al jardín en donde está el Pájaro de Fuego encerrado en su jaula de oro. Coge el ave, pero ten cuidado, no vayas a tocar la jaula.

El Príncipe trepó por encima del muro y se encontró en el jardín. Sacó al Pájaro de la jaula y se aprestaba a salir, cuando pensó que no le sería fácil llevarlo sin jaula. Decidió, pues, cogerla, y apenas la hubo tocado, cuando sonaron mil campanillas que pendían de infinidad de cuerdecitas atadas a la jaula. Despertáronse los guardias y cogieron al Príncipe Juan para llevarlo delante del Rey de la Tierra Encantada, el cual le dijo muy enojado:

—¿Quién eres? ¿De qué país provienes? ¿Cómo te llamas?

Contóle Juan toda la historia y el Rey le repuso:

—¿Te parece digna de un Príncipe la acción que acabas de realizar? Si hubieses venido a mí directamente y me hubieses pedido el Pájaro de Fuego, yo te lo habría dado; pero ahora tendrás que ir a mil leguas de aquí y traerme el Caballo de las Crines de Plata, que pertenece al Rey de la Noche. Si lo consigues, te entregaré el Pájaro de Fuego y si no, no te lo daré.

Volvió Juan junto al León de los Cerros, que al verle le dijo:

—¡Ay!, Príncipe Juan! ¿Por qué no hiciste caso de lo que yo te dije? ¿Qué haremos ahora?

—He prometido al Rey de la Tierra Encantada que le traeré el Caballo de las Crines de Plata—contestóle Juan—, y ten-

go que cumplirlo, porque si no, no me dará el Pájaro de Fuego.

—Bien, pues; móntate otra vez sobre mí y vamos allá.

Y más rápido que el viento se lanzó el León de los Cerros llevando sobre sus lomos a Juan. Ya obscurecido, se hallaron ante la caballeriza del Rey de la Noche y otra vez habló el León a Juan de esta manera:

—Entra en la cuadra; los mozos duermen profundamente; saca el Caballo de las Crines de Plata; pero no



vayas a coger la rienda, porque si lo haces te ocurrirá un gran disgusto.

El Príncipe Juan entró con gran sigilo, desató el caballo y miró la rienda que era tan preciosa y le gustó tanto que, sin poderse contener, alargó un poquito la mano con intención tan sólo de tocarla. No bien lo había hecho, cuando empezaron a sonar todos los cascabeles y las campanillas que estaban atados a las cuerdas tendidas sobre ella. Los mozos guardianes se despertaron, cogieron a Juan y le llevaron ante el Rey de la Noche, que al verle, gritó:

—¿Dime de qué país vienes y cuál es tu origen!

El Príncipe contó de nuevo su historia, a la cual el Rey hubo de replicar:

—¿Y te parece bien robar caballos siendo hijo de un Rey? Si te hubieses

presentado a mí, te habría regalado el Caballo de las Crines de Plata; pero ahora tendrás que ir lejos, muy lejos, a mil leguas de aquí, a buscar a la Infanta Elena la Bella. Si consigues traérmela, te daré el caballo y también la rienda, y si no, no te los daré.

Prometió poner en práctica la voluntad del Rey de la Noche y salió. Al verle, el León de las Cerros le dijo:

—¡Ay, Príncipe Juan! ¿Por qué has desobedecido?

—He prometido al Rey de la Noche—contestó Juan—que le traeré a Elena la Bella. Palabra de Príncipe no puede faltar.

—Bien, yo también te ayudaré en esta nueva empresa. Móntate de nuevo en mi lomo y te conduciré.

Montóse Juan sobre el León de los

Cerros, que salió disparado como una flecha. No sabemos cuánto duraría este viaje, pero sí, que al fin paróse el León ante una reja dorada que cercaba el jardín de Elena la Bella. Al detenerse, habló de este modo a Juan:

—Esta vez voy a ser yo quien haga todo. Espéranos a la Infanta y a mí en el prado, al pie del álamo solitario.

Obedecióle Juan y el León saltó por encima de la reja, escondiéndose entre unos zarzales.

Al atardecer, salió Elena la Bella al jardín para dar un paseo, acompañada de sus damas y doncellas y cuando llegaron junto a los zarzales donde estaba escondido el León de los Cerros, éste les salió al encuentro, cogió a la Infanta, saltó la reja y desapareció. Las damas y las doncellas pidieron socorro y mandaron a los

guardianes que persiguieran al León. Este llevó a la Infanta cerca del Príncipe y le dijo:

—Móntate, Juan; coge en brazos a Elena la Bella y vámonos en busca del Rey de la Noche.

Juan, al ver a Elena tan linda, sintió que se le desgarraba el corazón al pensar que tenía que dejársela al Rey de la Noche y, sin poder contenerse, rompió en amargo llanto.

—¿Por qué lloras?—le preguntó el León.

—¿Cómo no he de llorar, si me he enamorado con toda mi alma de la Infanta Elena y ahora es preciso que se la entregue al Rey de la Noche?

—Pues, escúchame—contestóle el León. Yo me transformaré en Infanta y tú me llevarás ante el Rey. Cuando recibas el



Caballo de la
márchate in
ella y cuando
veré a reunir

Cuando ll
la Noche, el
el suelo, allí
la Luna, y qu
en la Infanta
mientras que
presentaba a
fingida Infan
quedó en el b

Lea Ud. en el próximo número: «

Crines de Plata,
diatamente con
enses en mí, vol-
contigo.

ron al Reino de
on se revolcó en
onde alumbraba
ó transformado
lena la Bella, y
Príncipe Juan se
el Rey con la
la verdadera se
que esperándolo.



«Permítanos, Su Majestad, que
uno después de otro, montemos
guardia cerca de su manzano
preferido».

«Niño Jesús» y «La Vaquita Overa».

Alegróse grandemente el Rey de la Noche al verlos llegar e inmediatamente le dió el caballo prometido, despidiéndole con mucha cortesía.

Juan montó sobre el caballo, llevando consigo a la Infanta y se dirigió al castillo del Rey de la Tierra Encantada para que le entregase el Pájaro de Fuego.

Mientras tanto, el León de los Cerros seguía viviendo en el palacio del Rey de la Noche. Pasó un día, luego otro y un tercero, hasta que al cuarto le pidió al Rey permiso para dar un paseo por el bosque. Consintió el Rey y salió la supuesta Infanta acompañada de damas y doncellas; pero, de pronto, desapareció sin que las que la acompañaban pudieran ver otra cosa que un León que partía rápido como una flecha.

El Príncipe Juan seguía su camino en

compañía de la Infanta, cuando sintió una gran punzada en el corazón y al mismo tiempo se dijo:

—¿Dónde estará ahora mi amigo el León de los Cerros?

Y en el mismo momento, se le presentó éste diciendo:

—Aquí me tienes. Siéntate, Juan, en mis lomos, si quieres.

Pusiéronse en marcha y por fin llegaron al castillo del Rey de la Tierra Encantada; antes de entrar, el Príncipe dijo al León:

—Amigo mío, óyeme y hazme, si puedes, el último favor; yo quisiera que el Rey de la Tierra Encantada me entregase el Pájaro de Fuego sin tener necesidad de desprenderme del Caballo de las Crines de Plata, pues me gustaría mucho conservarlo para que lo montase Elena.

Transformóse el León en caballo y dijo al Príncipe:

—Llévame ante el Rey de la Tierra Encantada y recibirás el Pájaro de Fuego.

Mucho se alegró el Rey al ver al Príncipe, a quien dispensó una gran acogida. Le dió las gracias por haberle traído el Caballo de las Crines de Plata, le invitó a un gran banquete que duró todo el día y sólo cuando empezaba a anochecer le dejó marchar, entregándole el pájaro con jaula y todo.

Acababa de salir el sol, cuando el Rey de la Tierra Encantada, que estaba impaciente por estrenar su caballo nuevo, mandó que lo ensillaran y, montándose en él, salió a dar un paseo; pero en cuanto estuvieron en pleno campo empezó el caballo a dar coces y a corcovear hasta que le tiró al suelo. Entonces el Rey vió con

gran asombro, cómo el Caballo de las Crines de Plata se transformaba en un León de los Cerros que desaparecía con la rapidez de una flecha.

Llegóse el León hasta donde estaba el Príncipe Juan y le dijo:

—Móntate en mis lomos, mientras la Infanta se sirve del Caballo de las Crines de Plata.

Entonces le llevó hasta el mismo sitio donde al principio del viaje le despedazó el caballo, y le habló de este modo:

—Ahora, adiós, Príncipe Juan, te serví fielmente, pero ya debo dejarte.

Y diciendo esto, desapareció.

El Príncipe Juan y la Infanta Elena la Bella se dirigieron al reino de su padre, pero no alcanzaron a llegar antes de la noche y tuvieron que descansar al pie de un árbol. Ató Juan el caballo, colgó de

una de las ramas la jaula del Pájaro de Fuego, se tumbó en el musgo y se durmió. Pronto se durmió también la Infanta.

En tanto, los hermanos de Juan volvían a la casa con las manos vacías. Habían escogido en la encrucijada el camino que se veía al frente; bebieron, se di-



virtieron y ni siquiera oyeron hablar del Pájaro de Fuego. Una vez que hubieron derrochado todo el dinero, decidieron volver al reino de su padre y cuando regresaron, con las luces del alba, vieron al pie

de un árbol a su hermano Juan que dormía cerca de una joven de tanta belleza que parecía una estrella. A su lado, estaba atado el Caballo de las Crines de Plata y también descubrieron al Pájaro de Fuego encerrado en su jaula.

Los Príncipes desenvainaron las espadas, mataron a su hermano e hicieron pedazos su cuerpo.

Despertóse Elena y al ver muerto y destrozado a Juan, rompió en amargo llanto.

—¿Quién eres, hermosa joven?—preguntó el Príncipe Pedro.

Y ella le contestó:

—Soy la Infanta Elena la Bella; a mi reino me fué a buscar el Príncipe Juan, a quien acabáis de matar.

—Escucha, Elena—le dijeron los Príncipes—, haremos contigo lo mismo que con

Juan si te niegas a decir que fuimos nosotros los que te sacamos de tu reino, lo mismo que al caballo y al pájaro.

Temió Elena la muerte, y como se hallaba tan lejos de su reino y no tenía quien la defendiese, prometió decir todo lo que le ordenasen. Entonces, los Príncipes Pedro y Diego la llevaron, junto con el caballo y el pájaro, al palacio del Rey su padre y se alabaron ante él de su arrojo y valentía. Los Príncipes estaban muy contentos, pero Elena la Bella lloraba incesantemente, el Caballo de las Crines de Plata llevaba la cabeza tan baja que casi tocaba el suelo con ella, y el Pájaro de Fuego estaba triste y deslucido; tanto que el resplandor que despedía su plumaje era muy débil.

El cuerpo destrozado del Príncipe Juan quedó por algún tiempo al pie del

árbol y ya empezaban a acercarse las fieras y las aves de rapiña para devorarlo, cuando acertó a pasar por allí el León de los Cerros, que se entristeció mucho al reconocer el cuerpo de su amigo.

—¡Pobre Príncipe Juan, apenas te dejé, te sobrevino una desgracia! Es menester que te auxilie una vez más.

Espantó a los pájaros y fieras que rodeaban ya el cuerpo de su amigo y se escondió detrás de un zarzal. A poco vió venir volando a un águila, acompañada de sus aguiluchos, que venían a picotear en el cadáver; cuando pasaron cerca de él, saltó desde el zarzal y se abalanzó sobre los pequeños; pero el Aguila Madre le gritó:

—¡Oh, León de los Cerros! ¡No te comas a mis hijos!

—Los despedazaré en seguida si no me

traes el agua de la muerte y el agua de la vida.

Elevó el vuelo el Aguila Madre y se perdió de vista. Al tercer día volvió trayendo dos frascos; entonces el León de los Cerros hizo pedazos a uno de los aguiluchos y le roció con el agua de la muerte, y al momento los pedacitos volvieron a unirse; cogió el frasco del agua de la vida, rocióle igualmente con ella y el aguilucho sacudió sus plumas y echó a volar. Entonces el León de los Cerros repitió con el Príncipe la misma operación de rociarle con las dos aguas, que le hicieron resucitar y levantarse, diciendo:

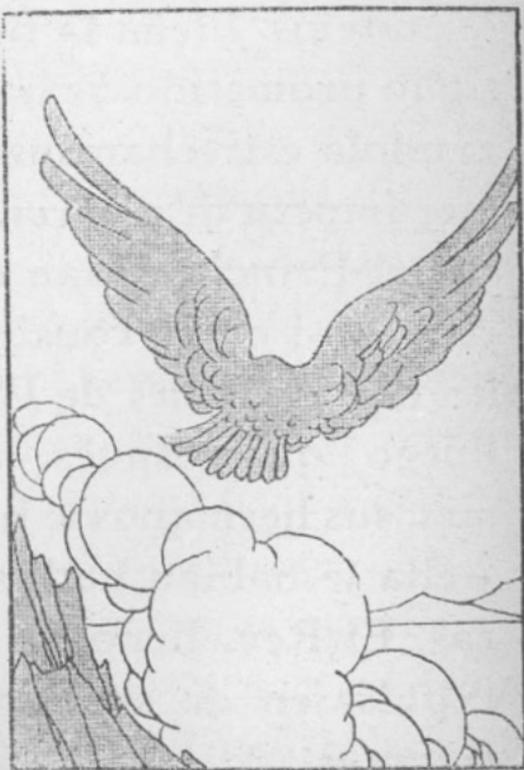
—¿Cuánto tiempo he dormido?

El León le contestó:

—Habrías dormido eternamente si yo no te hubiese resucitado, porque tus hermanos, después de matarte, hicieron pe-

dazos tu cuerpo. Hoy, tu hermano Diego se casa con Elena la Bella y el Rey cede todo su reino a tu hermano Pedro a cambio del Caballo de las Crines de Plata; pero m^óntate sobre m^í y en un abrir y cerrar de ojos te llevar^é a presencia de Su Majestad tu padre.

Cuando el Le^ón apareci^ó con el Pr^íncipe en el vasto patio del palacio, todo pareci^ó tom ar m^ás vida: Elena la Bella sonri^ó, secando sus l^á-grimas; oy^ó se relinchar en la cuadra el Caba- llo de las Crines



de Plata y el Pájaro de Fuego esparció tal resplandor que llenó de luz todo el palacio.

Al entrar el Príncipe Juan, vió todos los preparativos del banquete de bodas y que estaban reunidos ya todos los invitados a la ceremonia para acompañar a los novios. Elena la Bella, al ver a su antiguo prometido, se le echó al cuello abrazándole estrechamente; pasado este primer ímpetu de alegría, contó al Rey cómo fué el Príncipe Juan quien la sacó de su reino, así como consiguió traer al Caballo de las Crines de Plata y al Pájaro de Fuego; que después, mientras Juan dormía, sus hermanos le habían muerto y que a ella le habían hecho callar con amenazas. El Rey, lleno de cólera, ordenó que expulsasen de su reino a sus dos hijos mayores.

El Príncipe Juan se casó con Elena la Bella, vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos.

¡Al León de los Cerros, nadie le volvió a ver más!

A JUANITA

Cuentan los viajeros que allá en una aldea,
en cierto paraje de gracia hechicera,
rodeada de musgos y de hierbas buenas,
entre unos rosales, bajo unas palmeras,
el cristal purísimo de una fuente clara
da su nota fresca.

Agua milagrosa—dice la leyenda—
mana de aquella fuente sencilla y parlera.
Los pájaros cuentan que el que hasta ella llega,
si enfermo del cuerpo,
como por encanto la salud encuentra;
si enfermo del alma,
un dulce consuelo lo acoge a su vera.

Por eso la quieren, por eso en la aldea
todos la conocen, todos la veneran...
Ya sabe, Juanita, ésta es la leyenda,
muy sencilla acaso, pero es verdadera.

¡Conozco esa fuente
sin ir a la aldea!

ALFONSO ZELEDON VENEGAS.

El



y



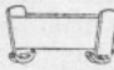
Juegan 2  en medio de  

1  y una . D no e sa B don-

D, él  1 einlillo  ra  para

ponerse D  en   y

1  para cubrir e los 

Es el  Ella lleva  -e

 D  Es la  K-

minan juntos con  Cremo-

nia D los verdaderos 

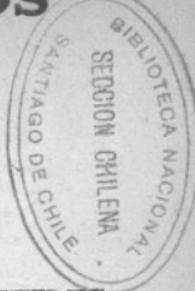
Son  rcas D  Fantasia

que es el reino que nunca e a-

caba para los  del 

Gánese una Colección de

mamita



LA REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

Regalamos una suscripción de un trimestre al chico que ilumine este dibujo con más hermosos colores.

Envíe su dibujo iluminado a

CONCURSO DE DIBUJOS DE LA REVISTA DE CUENTOS INFANTILES

Casilla 84-D. — Bellavista 069. — Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

Nombre del dibujante

Dirección



ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR



M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.